white

la casa blanca tenía un grave
prejuicio.
edmund white,
cuatro o cinco libros publicados,
un amante suizo
y un meteorito oscuro
en su sistema arterial
: —soy un escritor lo suficientemente
bueno para saber lo que va a pasar. yo voy a salir positivo, tú
vas a salir negativo; vas a ser amable respecto a ello, pero me
vas a dejar en el plazo de un año
—dijo a su novio.

y el 5 de junio de 1981
alguien cambió de nombre al diablo:
y los amigos, los familiares,
los compañeros de trabajo, los vecinos,
dejaron de besarnos las mejillas
y darnos la mano
[es comprensible:
a una plaga
no la define la estadística,
sino el contagio—

paredes

llegan a ti los ruidos de un mundo
asolado por la peste
[así es la desmemoria:
hasta del látex nos desune–

: y llega fabio,
quien no cree en tu fe
[es tu pared más blanca ¿lo dijimos?]
pero se arroba ante un cuerpo caído
en la desgracia de amar a todo otro,
a su derecho a creer en lo que cree
y amar lo que ama.

desde su cama de hospital,
el *bicho que se caga en el palo del amor*
lo ha vencido varias veces
pero –cachonda lázara–
ha vuelto a colocar el pie
en las nalgas finas del deseo:
que san sebastián proteja
al cuerpo policial,
a la gendarmería,
a los agentes que en las calles